



# Aeromín

• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para los jóvenes

MADRID

NUM. 28



LA SELVA CIVILIZADA

Un concurso de aviación

Ayuntamiento de Madrid





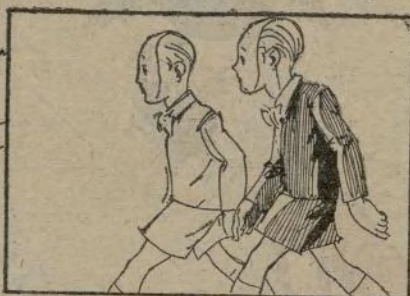
## LOS HIJOS DEL PILOTO



Era en aquellos días memorables en que los españoles, nuestros hermanos, pagaban en tierras africanas su más cuantioso tributo de sangre. En aquellos días, los habitantes de Melilla vivían minutos de angustia infinita. Los moros habían derrotado, por sorpresa, a nuestro ejército, y envalentonados, con gran audacia, habían comenzado a bombardear la capital. Fuera, en el campo, en blocaos, en poblados y en posiciones, nuestros bravos soldados escribían páginas sangrientas e inolvidables en la historia patria. En una casa de

Melilla, gemía consternada una familia; componíanla la esposa y los dos hijos de un valiente aviador que había desaparecido en el terrible desconcierto de la retirada. —Hijos míos—decía la infeliz mujer—ha desaparecido vuestro padre, quizá muerto, y en unos instantes, en que la desaparición significa casi la muerte. Los dos niños, abrazados a ella, no acertaban a articular palabra. Ya eran mayorcitos y comprendían toda la amarga verdad; aquella tarde habían presenciado la entrada, en la ciudad, de los últimos restos del

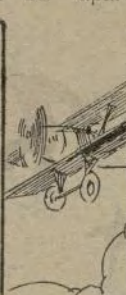
ejército: eran hombres que más parecían sombras. Ellos les habían visto. Hombres que en el rostro traían retratada la angustia infinita de la derrota; muchos traían sangre en la cara y en las manos; otros, llevaban los brazos y la cabeza entapajados de paños rojos. Pero su padre, el piloto valiente y decidido, no volvió. Debía de quedar allá, en los campos áridos y tristes, por los que había pasado la muerte. Siguiéron unos minutos de silencio. Adolfo, el hijo mayor, que contaría de doce a catorce años, no flo-



raba ya. Sentado, los codos en la mesa, reflexionaba, y al fin, alzando la cabeza y mirando lentamente a su madre, exclamó: —«Mamá, si me autorizas, puedo ir a la Comandancia; tal vez allí sepan algo.» La madre vaciló un momento. Hacia la parte sur de la ciudad se oían descargas de fusilería; el enemigo debía de estar muy cerca. Temía en separarse de su hijo en aquellos instantes, pero por otra parte deseaba ardientemente saber noticias. Al fin, decidiéndose, exclamó: —«Ve, hijo mío, y que tu hermano te acompañe.» Y be-

sándolos cariñosamente, abrióles la puerta. Los dos hermanos salieron; las calles de Melilla presentaban un aspecto de confusión. Grupos de paisanos marchaban silenciosos y otros discutían acaloradamente en las esquinas; los establecimientos estaban cerrados y no circulaban carruajes. Hacia el sur, seguían percibiéndose los disparos. Angel y Adolfo llegaron a la Comandancia, en la cual habían estado muchas veces con su padre. Pero aquel día un centinela les cortó el paso diciéndoles: —«No se puede pasar, pequeños.» —«Somos hijos del

suboficial Jiménez»—respondió Angelito. Un capitán que en aquel momento salía, se detuvo y acercóse a interrogarles: —«¿Qué deseáis, pequeños? Decidme. Yo soy un buen amigo de vuestro padre.» —«Señor, deseáramos saber noticias de él. Estaba en el campo con su aparato y tememos haya podido ocurrirle alguna desgracia»—exclamó Adolfo apesadumbrado. La frente del capitán se arrugó. —«No quiero engañaros, queridos—dijo después de reflexionar unos instantes—, todos los apartos han regresado, menos el 130, en



el cual iba él. En tiempos normales—prosiguió diciendo—ya habrían salido escuadras en su busca..., pero hoy es imposible; estamos cercados por todas partes, y harto haremos con defender nuestras propias vidas.» Y viendo la tristeza de los dos niños, el buen capitán trató de animarles diciéndoles: —«Pero no perdáis por completo las esperanzas; un aparato no se pierde tan fácilmente, y vuestro padre bien puede estar prisionero. Esperad, confiad en Dios, que es hoy quien puede socorrerle, pues en las circunstancias actuales sería temerario intentar rescatarlo.» No dijo más el capitán, y después de abrazarles, se apartó de ellos. Angelito se quedó pensativo; se adivinaba que un proyecto bullía en su imaginación. El pequeño pensaba

en lo que había oído «sería temerario intentar rescatarlo»; temerario, pero no imposible. Pues si no era imposible, ellos arrostrarían aquella temeridad, y dirigiéndose a su hermano, exclamó: —«Adolfo, vas a ir a casa, y por debajo de la puerta echarás un papel explicando a mamá lo ocurrido; después, irás a reunirme conmigo en la muralla vieja. Arrostrándolo todo, saldremos al campo. Ya has oído que el rescatar a papá es temerario, pero no imposible. Yo quiero arrostrar esa temeridad. ¿Te atreves tú?» Adolfo, por toda contestación, exclamó abrazando a su hermano: —«Voy a casa. Espérame donde has dicho» y echó a correr. Angel, a su vez, partió velozmente hacia las viejas murallas. No llevaría esperando ni media hora,

cuando unos pasos precipitados le anunciaron que su hermano llegaba. «Todo arreglado»—dijo éste—, y sin hablar comenzaron a andar. Eran las once de la mañana y el sol caía sobre sus cabezas como fuego. A los pocos minutos comenzaron a ver despojos sangrientos: mulos heridos que se revolcaban ansiosamente; nobles caballos con las patas estiradas y los ojos vidriados mirando al cielo. Sin darse cuenta se habían internado ya en la zona peligrosa; pero bien pronto, los acontecimientos vinieron a prevenirles. A la derecha resonó un disparo, y una bala pasó silbando sobre su cabeza. Estaban descubiertos. Cada paso, cada pisada que dieran ya, era un peligro terrible.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





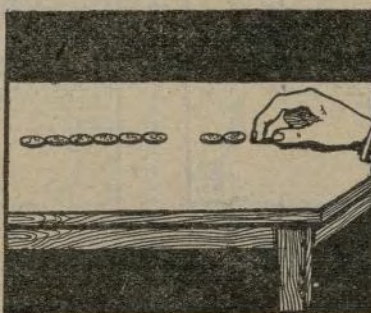
### LA VIRGEN PROTEGE A SUS DEVOTOS

Había en Verona un joven que tenía la costumbre de encender con sus propias manos una lámpara que ardía ante una imagen de María Santísima. Para ello tenía necesidad de utilizar una escalera de mano. Cierta día colocó mal la escalera y, cuando estaba en lo alto de ella, notó que no apoyaba bien en el suelo e iba a volcarse con gran riesgo de su vida.

Entonces alzó sus ojos a la Virgen y le pidió fervorosamente le prestase auxilio en tan peligroso trance. ¡Cuál no sería la admiración del joven al ver que María Santísima, alargando la mano, sostuvo la escalera, con lo que, sin riesgo alguno, el joven pudo descender al suelo! Desde aquel día, como es de suponer, se esforzó más y más en obsequiar a su divina protectora.



## JUEGOS DE NIÑOS



## RECREOS CIENTÍFICOS

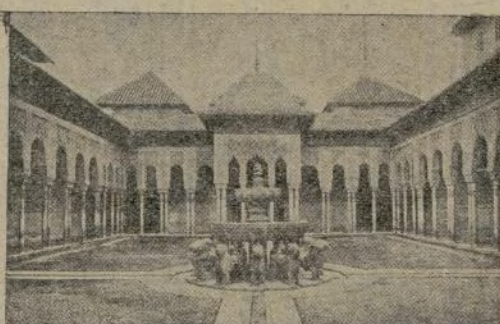
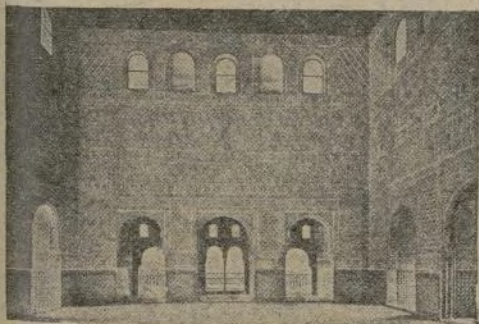
### LA PELOTA CORRETONA

Una vez que la pelota llega al primero que la lanzó, en sentido izquierdo, éste, el jugador, nombra a un compañero cualquiera, tirándole al mismo tiempo la pelota; si la recoge, nombra éste otro compañero, lanzándole la pelota, y así van tirándose unos a otros la pelota hasta que da la orden de cesar el director del juego. Otra variante es la siguiente: el que tiene la pelota sale al medio del corro, y, haciéndola botar con toda su fuerza, dice: «Esta para Fulano». El nombrado debe acudir a recoger la pelota en el aire, y, botándola, a su vez, nombrar a otro para que la recoja. El que no la recoja paga prenda, y a la tercera falta es eliminado del juego.

### LA FILA DE MONEDAS

En una reunión podéis proponer lo siguiente: Ponéis sobre la mesa una fila de monedas, todas del mismo tamaño, de 10 céntimos por ejemplo. Hecho lo cual, invitaréis a cualquiera de los asistentes a que separe, sin tocarlas, una, dos, tres monedas, las últimas de la fila. Claro que lo creerán caso imposible. «Pues, no señor, no es imposible; por el contrario, es facilísimo», diréis vosotros, «ahora lo verán». Dicho esto, separais de un extremo de la fila tantas monedas como queráis separar, sin tocar las del otro. Una vez separadas, las dais con el dedo un papirotazo, en dirección a la que quedaron en la fila, y, al chocar con éstas, del extremo contrario se separan tantas monedas como van las empujadas con el dedo. Ya veis con qué facilidad podéis ganaros una apuesta.

## ESPAÑA MONUMENTAL

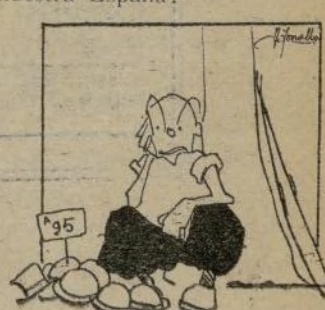


### La Alhambra

Las fotografías de hoy son: la primera, del Salón de Comares o Embajadores, que ya hemos descrito en números ante-

riores; la segunda, del bellissimo celiberrimo Patio de los Leones, llamado así por los leones que rodean la fuente que hay en medio del patio; la tercera, reproduce al-

gunos pórticos de dicho patio. Todo ello, como pueden apreciar, suntuoso y bello, al par que de exquisita elegancia. ¡Qué hermosa es nuestra España!





## Ayuntamiento de Madrid





# Cuentos fantásticos

AVENTURAS DEL PRINCIPE  
FRANCHIPANA

oro sobre las hojas empapadas de rocío, ante los dos estupefactos hambrientos cazadores, apareció un viejo ermitaño, que llevaba una barba de tales dimensiones que le llegaba hasta los pies. —Salvados la vida—dijo el príncipe saludando con respeto al venerable solitario—y decidnos, por favor, en qué lugar nos encontramos. —Hijos—respondió el anacoreta—estáis en el bosque Narilongo y no lejos de la capital del famoso país de los Trompetas. —Decidnos—dijo Pastelón lleno de ansiedad—estamos lejos del reino de Pastaflores? —No, sólo hay una distancia de doscientas leguas. —Mi estómago no me engañaba—murmuró el azorado escudero. El viejo ermitaño, que no era viejo, sino la mismísima hada Ropaveja, disfrazada, sin añadir una sola palabra, los invitó con un gesto a entrar en su cabaña, situada cerca de aquel sitio, y les ofreció un gran pedazo de pan duro y negro, y queso agusanado. El príncipe, después de dar cortésmente las gracias por tan inesperado socorro, hincó el diente en su parte de pan. Lo mismo hizo el escudero, y en tres minutos dieron fin del pan y el queso. Terminado tan modesto banquete, el príncipe volvió a expresar su gratitud al ermitaño, y seguido de Pastelón, ya más animado,



tomó el camino del país de los Trompetas, de cuya capital se distinguían, allá a lo lejos, los altos campanarios. A medida que se acercaban al término de su viaje, cruzábanse con aldeanos y señores que, al verlos, se reían a carcajadas. Por su parte el príncipe y su escudero tenían que dominarse mucho y hacer supremos esfuerzos para no soltar la risa viendo a los trompetas. Pero habían aprendido en la corte que en país extranjero es conveniente conducirse de una manera culta y digna, y aunque la risa les retozaba en los labios, guardábanse bien de reírse en las narices de los transeúntes. Y ciertamente que las narices de los trompetas excitaban por modo singular a la risa. Los unos llevaban la nariz recogida bajo el brazo; otros llevaban a prevención una especie de horquilla, con la que sostenían la descomunal nariz, y otros, en fin, la traían atada al extremo de un bastón que llevaban al hombro, como se lleva un fusil. Esta deformidad la debían por herencia directa a sus antepasados, que a fuerza de meterse los dedos en la nariz, habían logrado dar a este órgano unas dimensiones verdaderamente colosales.

Entre sus descendientes, en medio de los que se hallaban a la sazón el Príncipe Franchipana y su escudero, había ricos sujetos y hasta ministros que confiaban sus dos metros de nariz a criados espléndidamente vestidos que prestaban sus hombros a tan singular y preferente servicio. Algunos lle-

vaban un perro por compañero, un perro amaestrado que ladraba siempre que estornudaba el amo, y así le advertía de la necesidad y conveniencia de sonarse. Y si hubiéramos de mencionar y describir detalladamente a los que tomaban rapé con una pala, y a los que llevaban cuatro o cinco pares de gafas escalonadas sobre toda la longitud de la nariz, y a los ciegos que se dejaban conducir por criaturas que los llevaban cogidos de la punta de la nariz, habríamos de dar una extensión de muchos volúmenes a esta narración. Contentémonos con asegurar que jamás el simpático Franchipana y su ladino escudero habían visto, ni imaginado siquiera, cosa semejante. Todo hace creer que los naturales del país de los Trompetas pensaban lo mismo contemplando a los extranjeros montados sobre sus avestruces, porque con grandes voces exclamaban desencuadrándose de risa:

—¡Chatos! ¡Chatos! Pero lo bueno fué cuando el Príncipe y su acompañante entraron en la capital. Diez mil narices azules, rosadas, rojas, verdes, blancas, tricolores, aparecieron en puertas, ventanas y balcones, en los tejados, en las calles, y el grito repetido hasta lo infinito: «¡Chatos! ¡Chatos!», les siguió incesantemente desde las puertas de la ciudad. Pronto cundió la noticia con la rapidez del rayo por todos los barrios de la ciudad, y así se tuvo conocimiento, en el Palacio Real, de que dos extranjeros chatos se habían presentado en la puerta principal de la capital, y que a la pregunta ordinaria de la gendarmería: «¿Y vuestra nariz?» habían contestado, sin poderse contener, con estrepitosa carcajada. El Rey Pitón IV dió orden de que los dos extranjeros fueran llevados a su presencia. Y poco después de haber dado esta orden, el poderoso monarca, el Príncipe Franchipana, segundo de Pastelón, que abría una boca de oreja a oreja, apareció ante la corte. Contemplando aquel par de monstruos sin nariz, algunas princesas de la corte se sintieron indispuestas; tan profunda fué la impresión que les produjo la presencia de los dos hombres incompletos, y hubo que auxiliarlas poniéndolas en las sienes paños empapados en agua de Colonia. Sin embargo, Pitón IV, comprendiendo que

(Continuará.)

## La raposa y la zarza

FÁBULA



Perseguida una raposa por los perros, se refugió precipitadamente en una zarza; pero al advertir que las espigas le destruían el pellejo, exclamó:

—¡Pobre de mí! ¡He venido a pedir amparo a quien me hará derramar más sangre que los perros que me persegúan!

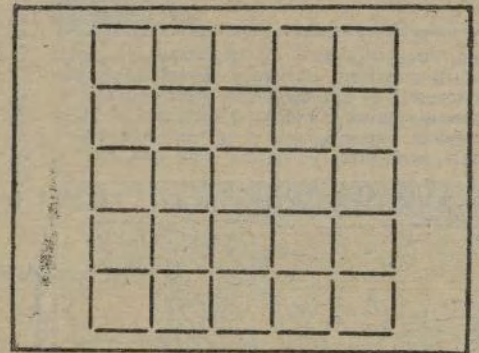
«No busquemos la protección de los malos, porque de ellos ningún bien podemos recibir».

Ayuntamiento de Madrid

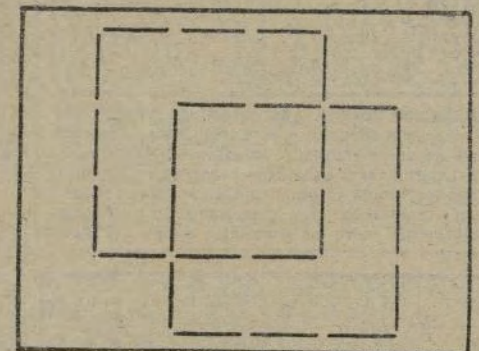


Querí 2 : LO LO ~~~  
son los que ha pa  
ra defender del  
 ellos destruyen   
 y D +  
 que no   
hacen. No per ga iii pu  
EEE A ~~~ no les qui T  
is sus X que con  
ello se hace un gran daño  
a sociedad. El que  
co G D muestra ser un  
ignorante y Tuer muy mal  
Vuestro siempre Jeromin

### PROBLEMA



Quitar veinte líneas de forma que queden diez cuadrados.



Solución al problema del número anterior.

### ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

1.º ¿Por qué los cerdos andan con la cabeza baja?

2.º Si entre tres notas de música, un pronombre personal colocas, al punto un nombre propio de mujer tendrás.  
(La solución en el próximo.)

### SOLUCIONES DEL ANTERIOR

1.º El Del-fin.  
2.º Dominica.



(Continuación.)

Desde aquel momento en el corazón del rey brotó el odio hacia Don Rodrigo; pero era el Cid muy poderoso y disimuló el rev prudentemente en espera de una ocasión propicia para deshacerse de él. Esta ocasión llegó cuando el Cid, sin consentimiento del Rey atacó en 1081 a los moros. Y aunque tal ataque redundaba en beneficio de Castilla, Don Alfonso dió orden al Cid para que saliese desterrado del reino. Don Rodrigo, aunque contrariado, obedeció la orden real. Organizó una partida de audaces y valientes caballeros y se metió con ellos por tierra de moros, empezando así la serie de proezas y gloriosas hazañas que tanta fama habían de darle. El solo, con un puñado de valientes, era más temido por los moros que el rey de Castilla con todo su gran poder. Pudo rebelarse contra un rey al que, sin duda, hubiese puesto en gran aprieto; pero su fidelidad castellana le impedía el caer en tan fea y antipatriótica felonía. Admirado, al fin, Don Alfonso de la bravura y fidelidad del Cid, le llamó a su gracia, utilizándole con gran provecho para Castilla, en sus empresas guerreras contra los moros; pero era el Cid mucho hombre y demasiado noble y caballero para adular a nadie, y como sin esto es muy difícil sostenerse junto a los poderosos, volvió a caer en desgracia del rey, salió nuevamente de Castilla y, después de prestar su decisivo apoyo al rey de Aragón, se metió por tierra de moros, arrebatándole castillos, pueblos y ciudades, hasta coronar sus prodigiosas hazañas con la conquista de Valencia. El «Romancero del mío Cid», que todos los lectores de JEROMIN deben procurar leer, pues es una joya literaria de primer orden, el mejor «romancero» del mundo y el monumento más antiguo de la poesía de nuestra España, relata la conquista de Valencia, rodeándola de prodigios.

(Continuará.)



## COLMO

Francisco Márquez-Villagonzalo (Badajoz.)

## COLMO

Luisa Argües (Salamanca),

## CHISTE

Carmen Muñoz (Zaragoza.)

## COLMO

*Heliodoro Zamora (Fuentidueña de Tajo).*

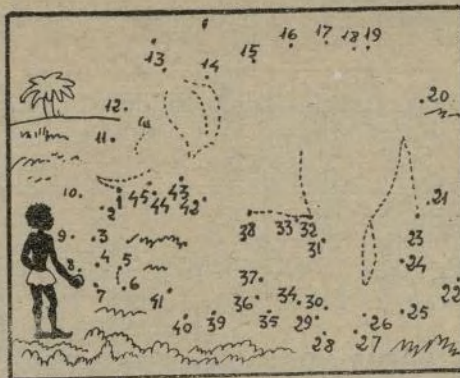
## CANTAR

Pilar Martínez (Murcia.)

## COLMO

*Pepe Infantes (Pueblonuevo.)*

# ROMPECABEZAS



2.º Unid los puntos desde el 1 al 45 y veréis a quien da de comer el negrito.



1.º Dividir el dibujo con solo cuatro líneas rectas en tantos espacios como guindas hay, de forma que en cada espacio haya una guinda.

LA MAS AMENA **Jeromin** LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES  
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID  
• • • TELÉFONO: 18491 • • •

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5.20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

.....

◆ LOS PAGOS ADELANTADOS ◆







Juan León, un joven indio mejicano escuchaba, sin ser notado, la conversación de unos bandidos, que planeaban robar el cargamento de plata que el minero Pedro llevaba al rancho «La Tonca», y que necesariamente había de pasar por allí antes del anochecer.



Cuando Juan se enteró de todo el plan, montó en su caballo y con toda diligencia marchó hacia la mina en busca de Pedro. Apenas había andado un kilómetro le vió venir a lo lejos, al lado de un borriquillo que conducía la preciosa carga. Corrió Juan a su encuentro



y le puso al corriente de cuanto ocurría. Pedro, ante tan desagradable noticia, quedó pensativo, sin saber qué hacer, pues no había otro camino que aquél para ir al rancho. De pronto dice Juan: «Yo sé lo que hemos de hacer para burlar a los bandidos. Descar-



gue del burro el saco de plata.» Así lo hizo Pedro. Abrieron el saco y pusieron en la parte superior hierba, de forma que parecía lleno de forraje, y le colocaron sobre el caballo de Juan. Luego llenaron de piedras otros dos sacos que por casualidad llevaba vacíos Pedro,



los ataron fuertemente y se los cargaron al burro. «Ahora, dijo Juan, yo iré un poco delante de usted para no despertar sospechas en los bandidos.» Montó en el caballo y, cantando una alegre canción, pasó delante de los bandidos, sin que éstos le diesen la



menor importancia. A poco pasó Pedro, y los bandidos, muy alegres, le detuvieron, y apoderándose del burro comenzaron a descargar los sacos. Pedro, fingiendo sorpresa, quedó inmóvil, sin decir una palabra. «Ahora, le dijeron los bandidos cuando tuvie-



ron los sacos en su poder, ya puedes montar en el burro y marchar tranquilo.» El minero montó, sin perder tiempo, y corrió a reunirse con Juan, que un poco más adelante le esperaba, impaciente por saber el resultado de la empresa. Los bandidos satisfechos de lo



bien que les había salido el plan, se dispusieron a repartirse el rico botín y abrieron los sacos. ¡Cuál no sería su sorpresa y rabia al encontrar, en vez de plata, un montón de piedras! «¡Nos ha engañado!», exclamaron llenos de cólera. Entretanto, Juan y Pedro



celebraban con gran regocijo el chasco sufrido por los bandidos, gracias al ingenio del muchacho. Pedro, agradecido, asoció a Juan en sus explotaciones mineras, y, trabajando los dos con entusiasmo, a los pocos años lograron reunir una gran fortuna.

### DESPUES DE BIEN MEDITADO, UNAS PESETAS SE HA AHORRADO



A ESTA POBRE BICICLETA AUN LA PUEDO SACAR MUCHA UTILIDAD.



CON EL GUIA HARÉ UN COLUMPIO PRECIOSO A MI QUERIDO HIJO.



CON LA CADENA SUJETARÉ A MI MAGNÍFICO PERRO.



Y CON LOS NEUMÁTICOS, CONSTRUIRÉ UN MANGA PARA REGAR MI JARDÍN.